

8046

MARGARITA ASTRAY REGUERA

= 1 M

22

OTRO BESO

COMEDIA DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA



Copyright, by Margarita Astray Reguera, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

OTRO BESO

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OTRO BESO

COMEDIA DRAMÁTICA

en dos actos y en prosa

POR

MARGARITA ASTRAY REGUERA

Estrenada el 17 de julio de 1920,
EN EL TEATRO MUNICIPAL DE BAHIA BLANCA (ARGENTINA)
por la Compañía Plana-Díaz



MADRID

R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 351

1920

PERSONAJES

LAURA, viuda, 29 años.

ÁNGELA, 19 años, sobrina de Laura.

CARMEN, 15 años, *fd. fd.*

ALICIA, soltera, 54 años.

ROSETA, doncella de Laura.

MÁXIMO ADLER, ingeniero, 29 años.

MENDOZA, 46 años, viudo, padre de Angela y Carmen.

SALDAÑA, 75 años, militar carlista retirado.

GUILLERMITO, 25 años, poeta con visos de bohemio.

JUAN, antiguo criado del marino, 35 años.

DOS MARINEROS.

250624

ACTO PRIMERO

Epoca actual, durante la Gran Guerra. La escena en Madrid. Gabinete en casa de Mendoza, amueblado con lujo. En un ángulo, un piano; al lado, pequeña butaca en la que descansa una muñeca de biscuit. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANGELA y CARMEN

- Ang. ¿Has terminado el traje de bebé?
- Car. Sí; mira qué mona está. (Se levanta y toma la muñeca.) Cuando tú te cases, voy a copiar el modelo de tu vestido, y... a propósito, ¿cuándo será por fin?
- Ang. Teníamos proyectado, como sabes, para diciembre, pero con la muerte de tío Carlos se aplazó...
- Car. ¡Cómo le quería tía Laura! Yo creo que no va a consolarse nunca; un año lleva ya a nuestro lado y está lo mismo que el primer día. ¿Se habrá levantado ya de su siestecita?
- Ang. No te extrañe, ¡está tan delicada de salud! Mira, Carmencita, vamos a procurar distraerla; haremos excursiones al Escorial, a Aranjuez; visitaremos los Museos; en fin, dentro de lo que a ella le agrada, es deber nuestro el hacerla poco a poco variar de vida... ¡Siempre está tan triste y alejada de todo!... Créeme, es nuestro deber; ¿no te parece a ti lo mismo?
- Car. Encantada. Está admirablemente todo lo que tú dices (con ingenuidad.), pero debemos

- añadir otra clase de distracciones, por ejemplo, el cine; eso la distraerá más que nada.
- Ang. ¡Carmencita! ¿Te olvidas que a una viuda tan inconsolable como tía Laura, no pueden agradarle esas diversiones?
- Car. ¡Para quien sea eso diversión!... Yo, por mi parte, no lo encuentro así. Mira, Angela, cuando veo esas películas que la una quiere a uno y él no la quiere porque quiere a otra, y que después la novia o se vuelve loca o se mata, ¡¡ay!!, créeme que termino siempre con unos lagrimones... Nada, que me parece que me ocurre a mí, y eso que tú debes saberlo mejor... ¡Figúrate que Máximo, con lo que tú le quieres, dejase de quererte! ¿No llorarías?
- Ang. (Acariciándola.) ¡Tontita, qué cosas se te ocurre pensar! (Variando la conversación.) ¿Y decías que ibas a hacerle otro traje a bebé?

ESCENA II

DICHAS y ALICIA. Esta muy compuesta, excesivamente recargada de alhajas y pintada.

- Alicia Muy buenas tardes, niñas. (se besan.)
- Ang Muy buenas, Alicia; siéntese usted; no sabe cuánto le agradecemos su visita.
- Car. ¡Ya sabe usted lo que la queremos!
- Alicia ¡Hijitas, se os corresponde! (se sienta.) ¿Y la tía?
- Ang. Como siempre, con su pena; para ella no hay más que el recuerdo de su Carlos.
- Alicia No me extraña. También él la adoraba, y haber perdido un marido así es una desgracia irreparable; un marido que no puede sustituirse porque son contadísimos los buenos. Afortunadamente, yo no pasaré por ese trance; por algo no he querido casarme. Le tuve horror al matrimonio... y eso que me han pretendido altos personajes, magníficas proporciones.
- Car. Sin ir más lejos, Guillermito; todos sabemos lo muy enamorado que usted le tiene...
- Alicia (Suspirando.) ¡Pobre joven! Y que no es posible que me olvide; ya veis el tiempo que hace que me asedia. Es un caso extraño el

mío; a veces, me parece que no me es indiferente, que hasta le quiero...; pero después lo pienso bien y veo que no puede ser: le tengo horror al matrimonio...

Car. Pues no sé por qué; dicen que la carrera de la mujer es casarse...

Ang. Sí, Alicia; es en la vida de la mujer necesarísimo un afecto grande con quien compartir nuestros últimos días...

Car. Debe ser muy triste cuando se llega a viejecita, encontrarse solita...

Ang. (Interrumpiéndola.) ¡Oh! La nena no lo dice por usted. Usted es todavía muy joven y tal vez varíe en su manera de pensar. De todos modos, usted no está tan aislada de afectos; nosotros la queremos a usted mucho, no puede dudarle. ¡Ah! Y tiene usted a su confidente, a su doncella, que después de treinta y cinco años a su lado, puede conceptuársela como familia...

Alicia Eso es cierto. Flora me ha dado pruebas de su adhesión y se toma gran interés por todo lo mío; desde muy joven, Flora prestaba sus servicios en casa de mis papás cuando yo era niña; después, cuando Dios los llamó a sí, formé el propósito de no separarme nunca de ella. Me sigue a todas partes, es la encargada de las preocupaciones caseras que son insoportables, me abrumarían, y por lo demás, no podría dedicarme a ellas; me debo a mis relaciones, a la vida de sociedad que toda mujer de selecta educación debe cultivar...

Ang. (Interrumpiéndola de manera delicada.) ¿Hoy comerá usted con nosotros?

Alicia No recuerdo si tengo la tarde disponible. (A media voz.) Martes, miércoles... ¡Ah, sí! Hoy puedo con el mayor placer dedicaros algunas horas... Como sabéis, los domingos, invariablemente, lo mismo en Vigo que aquí, recibo, y el resto de la semana la dedico a pagar visitas; hay días que no me llega el tiempo a nada: lunes, familias de Gómez-Pérez y Santisteban de León, y un rato a casa de Blanquita Giménez, la sobrina del Consejero de Estado. Martes, las de Yarto y Retuarto...

Ang. Usted perdone; Alicia; el amigo Saldaña ya viene con sus anécdotas de siempre...

ESCENA III

DICHAS y SALDAÑA. Saldaña entra por el foro apoyados sus setenta y cinco años en un grueso bastón con grandes borlas. Viste con exagerada pulcritud, pantalón a rayas muy marcadas y chaqué de corte antiguo. Ostenta en el ojal la insignia de los condecorados por don Carlos, Duque de Madrid

- Sal.** (Acariciando paternalmente las manos de Angela y Carmen.) Mis niñas, ¿cómo se pasó la noche? (A Alicia.) ¡Ah! ¿Usted aquí? Se la saluda... (Hace ademán como si saludase militarmente.)
- Alicia** (Aparte.) ¡Uff! ¡Qué militarote; tiene la propiedad de alterarme todo el sistema nervioso!
- Sal.** (Sentándose.) Ahora, descansemos unos momentos; ya no está uno para hacer a pie las jornadas de aquellos días... ¡Qué tiempos! Y sin embargo, ya lo veis, no puedo dejar de venir a esta casa todos los días; esté mal, esté bien de mi reuma, invariablemente no perdono mi visita de la tarde y velada de la noche. Sois mi única familia, a vosotras os he visto nacer, me refiero naturalmente a estas niñas, y vuestro padre cuántas veces jugó encima de estas rodillas... ¡Ah! Recuerdo como si fuese ahora, y eso que han pasado muchos años cuando me alisté en las filas carlistas a las órdenes de vuestro abuelo el muy noble coronel Mendoza; aquéllos eran jefes: rectos, valientes, considerados con sus subalternos, caballeros e hidalgos...
- Ang.** (Que ha tomado una labor de una canastilla, interrumpe.) Sí, eso ya nos lo contó usted muchas veces...
- Car.** Ya lo sabemos de memoria, crea usted que no se nos olvida... como a usted no se le olvida a pesar de los años.
- Sal.** Muchos han transcurrido; pero de todos modos (Con naturalidad, dirigiéndose a Alicia.) Usted debe recordar algo de aquella época de gloria para España...
- Alicia** (Aparte.) ¡Habrá imprudencia igual; pues no pretende!... (Alto, con tono mordaz y abanicándose febrilmente.) No, no recuerdo. No se fija usted que yo debía ser muy niña.

- Ang. Sí, amigo Saldaña; Alicia no es posible que se acuerde...
- Sal. (Interrumpiéndola.) ¡Oh! Será porque no le interesa. Bien, os dejo; me voy al despacho a ver si tengo que llevar alguna correspondencia. (Vase por puerta lateral derecha, diciendo a media voz:) ¡Ah! Nuestro lema: Dios... Patria... Rey... (Mutis.)
- Alicia Es lo más acertado que podía haber hecho: marcharse. Estos militares viejos son verdaderamente insoportables en el trato social y no cometen más que indelicadezas... Fíjese si Guillermo hubiera estado aquí...
- Ang. Perdónele usted, Alicia, es su manera de ser, un poco brusca, pero el fondo es bellísimo, una bella persona...
- Alicia ¡Oh! Cuidemos la forma en la vida de sociedad; lo importante es revestir los hechos, adecuar cada momento a la delicadeza debida sin crudezas ni imprudencias... Es por eso mismo que estoy prendada del trato de Guillermo; aun a pesar de sus pocos años, no incurre jamás en una descortesía.
- Car. Pues me parece que si más pronto habla usted de él...

ESCENA IV

DICHAS y GUILLERMO

- Guill. (Por el foro; viste americana y pantalón a cuadros; chaleco fantasía, color chillón, cabellos sumamente largos, a lo poeta, chalina y un rollo de cuartillas debajo del brazo; con cortesía exagerada.) ¿Me quieren ustedes conceder su permiso?
- Ang. De usted se hablaba ahora, pase usted, Guillermito, pase usted...
- Alicia (Dándose aire con el abanico; aparte.) ¡Qué emoción, Dios mío; debo haberme puesto como una brasa!
- Guill. (Da la mano a Angela y Carmen, al llegar a Alicia retiene un momento la mano de ésta entre las suyas.) ¡Así quisiera estar encadenado para toda la vida a usted!... ¡¡Ingrata!!!
- Alicia ¡Por Dios, Guillermito, atempérese usted a los hechos!
- Ang. Créame usted, persevere, con el tiempo...

- Alicia** ¡Oh! Mi resolución es irrevocable... (Aparte.) Aunque el corazón parece que comienza a despertar...
- Guill.** (A media voz a Alicia.) Lo que yo anhelo. Sí, Alicia, yo no cederé, moriré antes que olvidarla; no en vano es usted mi primer amor y último, de esto tengo la seguridad. ¡Sin usted, nada! ¡Con usted, días de sol, días de glorial
- Alicia** Me intereso, no lo dude, por su porvenir...
- Guill.** ¡Pues en sus manos de usted está! Mi destino depende de vos; con una sola palabra, cambiaré mi vida... Entonces, las ideas a mi cerebro acudirán alimentadas por su imagen. Escribiré, publicaré mi primer tomo de poesías dedicadas a su opulenta belleza; estrenaré mi comedia «Amor de amar» a la que auguran mis amigos un exitazo, y me proclamaré feliz, debiendo a usted ese amor, esa dicha y esa gloria.
- Alicia** Me ha conmovido usted... ¿Qué será cuándo lleve su obra a la escena?... (Conmovidísima.)
- Guill.** Pues esto no es más que un ensayo; vea usted de lo que sería capaz cerca de usted. (Alicia y Guillermo continúan hablando en voz baja.)

ESCENA V

LOS MISMOS y MAXIMO

Un criado anuncia a Máximo Adler, prometido de Angela. Adler por el foro

- Ang.** (Dirigiéndose hacia él y con acento de cariño.) ¡Máximo!
- Máx.** (Tomando con cariño las manos de ésta.) ¡Mi Angela! (Saluda en general y siguen hablando por lo bajo.)
- Car.** (Tomando la muñeca del sillón.) Yo contigo; no tengas celitos, te quiero. ¿No lo sabes ya, tontita? Ven, voy a arreglarte los rizos...
- Ang.** (A Máximo.) ¿Has estado en Fomento?
- Máx.** Sí, tranquilízate; esta mañana mi tío estuvo con el ministro y recomendó con todo interés la permuta de mi traslado. Todavía no sabemos el resultado, pero desde luego creo que no me moverán de Madrid.

- Ang.** ¡Qué alegría!
- Alicia** Eso hacen las influencias; aquí todo se arregla por medio de ellas. Tengo la seguridad que mañana expone usted sus deseos contrarios, por ejemplo, a los de hoy, y consigue en el acto...
- Máx.** Dice usted bien; sin ir muy lejos, hace tres años, por medio de una buena influencia, obtuve, pásmense ustedes, una licencia de tres meses que pasé en Alemania.
- Guill.** ¿Fue usted a estudiar algún caso particular de su carrera?...
- Máx.** A eso precisamente. Sí, estuve en las grandes industrias siderúrgicas en Dusseldorf, para estudiar los últimos adelantos. Además visité algunos Grandes Ducados y Principados, así como los puntos más conocidos por sus tradiciones.
- Car.** ¡Y qué cosas tan bonitas nos ha contado!... ¿Te acuerdas, Angela, de la historia de Waldour y Pecopin? ¿Te acuerdas qué triste, qué romántica? ¡Si viese usted, Alicia!
- Alicia** Prefiero no conocerla, me emocionaría profundamente.
- Guill.** (A Alicia, aparte.) ¡¡Es usted todo corazón!!
- Máx.** Es una tradición que se supone, como la mayoría de ellas, imaginaria; yo estuve en el mismo Falkenburg, al pie mismo del famoso castillo de los falcones...
- Guill.** Eso me agradaría a mí, viajar, recorrer el mundo para estudiar los caracteres, las costumbres de cada país, pero no solo... (Mira a Alicia.)
- Car.** (Cerca del balcón, como monologando y mirando al piso de enfrente.) ¡Pobrecita! ¡Ella sí que está triste! ¿No la ven ustedes? Es la francesita de enfrente; está tan rubia y tan delicada. Desde que se le ha muerto su novio en la guerra, enfermó, ¡pero de qué modo! Nada, que se muere como una florecita, poco a poco... (Como siguiendo los movimientos de la enfermita.) Allí está, en su sitio de costumbre, haciendo sus hilas para los hospitales. ¡Qué buenecita debe ser y cuánto debe sufrir. (Suspirando en alto.) ¡Cómo se debe querer para morir de amor!... ¿Verdad, Angela?
- Ang.** (Mirando a Máximo.) ¡Verdad!...

ESCENA VI

DICHOS y LAURA. Esta viste riguroso luto, traje elegante de interior

- Laura** Muy buenas. (Da la mano a Máximo y Guillermo; un cariño a Alicia.)
- Máx.** (Emocionado.) ¡Señoral
- Guill.** ¡Mi buena amigal... Se hacen progresos, está usted admirable...
- Laura** (Sonriendo.) Así, muy regular; pero es que en esta casa son tantas las atenciones y cariño...
- Ang.** Dame un beso.
- Car.** Y a mí otro, no faltaba más. Yo te encuentro muy bien. ¿Verdad, Máximo, que es muy guapa tía Laura?
- Máx.** (Mirándola muy fijo.) ¡¡Mucholl
- Laura** (A Carmen.) Tontita, es que me quieres, esas cosas no se preguntan...
- Car.** Es que Máximo casi es de la familia, y por eso lo hice, no te enfades, ven, voy a enseñarte el peinado que le he puesto hoy a bebé, con tirabuzones como llevan ahora las jovencitas...
- Ang.** Tía Laura, ¿quieres acompañarnos aquí cerquita a una compra de encajes y batistas y necesito tu opinión?
- Laura** (Con acento de cariño.) Alicia tiene un gusto delicadísimo, ¿quieres que los elija por mí?, hoy me encuentro fatigada. ¿Quiere usted acompañarlas un momento, Alicia?
- Alicia Guill.** Con el mayor placer, hoy les dedico la tarde. Yo también tendría un placer inmenso si me permitiesen mi opinión en los encajes...
- Alicia** (Aparte. Haciendo un mohín.) ¡Qué indirecta tan delicada para no separarse de mí!
- Car.** Entonces vamos a ponernos un sombrero; dos minutos y somos con ustedes...
- Alicia** ¿Y va usted a quedarse sola, Laura?
- Laura** ¡Oh! No importa, tardarán ustedes poco...
- Ang.** (Dirigiéndose a Máximo.) ¿Vamos, Max?
- Máx.** Con el alma lo siento; no puedo acompañarles porque algo muy urgente de mi profesión me priva de estos momentos; esta noche compartiré la velada con ustedes.

Ang. (Con pena.) ¡Entonces, hasta después; no faltes! (Le da las manos, que él toma entre las suyas.)
Máx. Hasta después.
Laura ¡No tardéis!
Ang. }
Car. } Muy poco, ¡adiós!
(Vanse por el foro Alleia, seguida de Guillermo, Angela y Carmen.)

ESCENA VII

LAURA y MAXIMO, solos. Este, de pie, se apoya en un sillón contemplando a Laura en silencio

Laura (Con acento de cariñoso reproche.) Hizo usted mal, muy mal, en no acompañarlas; con seguridad que Angela irá preocupada, triste..
Máx. (Acercándose respetuoso.) ¡Oh! No me riña usted, sea indulgente; no es mi ánimo el hacer sufrir a Angela, tan linda, tan buena.
Laura Y que le quiere a usted con el primer amor, con todas las purezas y las inocencias, que le entrega su alma. Hay en el amor de la mujer algo semejante al amor de las flores; en los primeros perfumes que nos brindan no hay asperezas, en su tallo no hay espinas..
Máx. Pero en cambio, entre ellas, las últimas rosas que cortamos, aun a trueque de pincharnos, tienen doble encanto por lo difícil de su posesión.
Laura Quién sabe dónde comienza el amor primero: a los dieciséis años, una sonrisa, una mirada, forman el encanto de esa primavera... más tarde, en el invierno de la vida, no es solo esa sonrisa la que refleja el espejo de las almas, es algo más íntimo y doloroso que mata nuestras ternuras, el ideal de los primeros años..
Máx. ¿Según eso, usted juzga que habiendo querido una vez mucho, al corazón no puede volvérselo a mandar querer otra vez más?
Laura Así lo creo. Juzgo por mí. (Con firme convicción.) Yo jamás podría llegar al olvido de mis recuerdos, y esto es lo primero que hace falta para poder querer de nuevo. (Hace ademán de taparse el rostro con las manos, como horrorizada ante esta idea.)

Máx. (Adelantando unos pasos hacia ella y con acento de cariño contenido.) ¡¡¡Laura!!!
(Laura y Máximo continúan hablando en voz baja.)

ESCENA VIII

DICHOS, MENDOZA y SALDAÑA

Mendoza y Saldaña salen por la lateral derecha; siguen su conversación; este último lleva en la mano unas cartas

Sal. ¡Aquellos eran días para España, para aquella España caballeresca, y si no, recordemos la gran batalla del 1.º de Noviembre, cuando la partida de Cucala sorprendió en la carretera real las tropas amadeístas!... ¡Qué tiroteo, qué lucha, hubiera durado hasta el amanecer; pero gracias al movimiento estratégico desplegado por Cucala, el valiente brigadier, ese sí que era valiente, hicimos nada menos que trece prisioneros!, ¡trece!, que aun a través de los años se recuerda la caballerosidad con que les tratamos... ¡Oh! ¡Aquellos eran tiempos!...

Men. Bien, bien, amigo Saldaña, es necesario que usted viva algo más para el presente, para que así no incurra en tantas distracciones. Sus antiguos recuerdos le absorben y el presente es para usted de escasa importancia.

Sal. (Con acento enfático.) ¡A un militar como yo, decirme que no cumpló!...

Men. ¡No, hombre! No, si no quiero decirle a usted eso; lo que quiero rogarle es que no olvide mis encargos, que todas las cartas, o bien me las confunde, o bien llegan con dos días de retraso...

Sal. ¡Quejarse porque una carta tarde tres días! ¡Lo que son los adelantos! ¡Había que ver nuestra paciencia cuando esperábamos la diligencia ocho, diez, doce días!...

Men. Y diga usted, si llegaban todas...

Sal. Eso sí, aquellos medios de locomoción tardaban más, pero eran más seguros... ¡Qué tiempos!... (vase por el foro.)

Men. ¡Ah! ¿Está usted aquí, señor Adler?

Máx. (Algo confuso.) No he podido acompañar a Angela porque tengo un asunto urgente ahora

(Sacando el reloj.) a las siete. Si ustedes me permiten me retiro; después volveré. Hasta después. (Mutis.)

ESCENA IX

LAURA y MENDOZA

- Men.** (Acercándose con afecto.) ¿Cómo te encuentras?
- Laura** Mejor. La fatiga va cediendo; además, a vuestro lado, rodeada de tantos cuidados y atenciones, siento, sinó renacer la alegría, al menos la calma, y me siento casi... casi dichosa.
- Men.** Siéntate. Tengo algo muy importante que decirte. (Mendoza durante el diálogo se anima.) Ha transcurrido un año desde la muerte del pobre Carlos. He pensado en muchas cosas desde entonces. He pensado en la situación de todos... Angela, dentro de algunos meses se casa, y quedaré solo con Carmen; tú conoces lo mucho que las dos te quieren; por mi parte... (Con un acento de cariño grande.) no sé lo que siento hacia tí, Laura, pero lo que sí sé decir es que deseo tu bien, tu felicidad... y que me inspiras un afecto, llámale cariño, como quieras, muy grande, y que sería muy feliz si aceptases mis deseos de hacerme mi compañera ante Dios...
- Laura** (Laura queda como sorprendida. Pausa.) Mendoza, no te extrañe mi sorpresa; yo no esperaba, muy lejos de ello, tu ofrecimiento. Yo solo había visto en tí al hermano de mi adorado Carlos... No he podido siquiera imaginar que pudiera tener otro sentimiento hacia tí. Me hablas de cariño, te lo estimo, te lo agradezco, pero no puedo corresponder a él como mereces, no puedo corresponder, porque no pienso, ¡ni hoy ni nunca, volver a casarme! ¡Perdóname! Te lo ruego; este culto que llevo será eterno por el recuerdo del que tan feliz supo hacerme la vida a su lado. Olvidame, Mendoza, es lo único que te pido, yo olvidaré tus palabras de ahora y te querré siempre mucho, como a un hermano. (Pausa. Mendoza se levanta y permanece de pie en actitud de abatimiento. Laura hojea un libro. Por el foro se oyen voces.)

ESCENA X

DICHOS, ALICIA, ANGELA, CARMEN y GUILLERMO, con un pequeño paquete que deposita sobre la mesa

- Ang.** (Dirigiéndose a Laura.) ¿Y Máximo? ¿Se ha marchado?
- Laura** Sí, hija mía; pero tranquilízate, volverá después.
- Car.** (Sentándose al lado de la muñeca.) Hace una tarde espléndida, mira, títa Laura, los encajes que hemos comprado para una bata de Angela. ¿Te gustan? (Desenvuelven el paquete que está encima de la mesa.)
- Alicia** (Dirigiéndose a Mendoza y señalando a Guillermo.) ¿Pero ha visto usted, Mendoza, qué paciencia la de Guillermo? (Dirigiéndose a Guillermo.) ¿Y no se aburrió usted tratándose de compras de mujeres? Dicen que nos ponemos tan pesadas...
- Guill.** No sé decir más que el tiempo se me hizo brevísimo...
- Laura** Natural. La conversación de Alicia es muy agradable.
- Alicia** ¡Oh! No se trata de mí sola, fué general...
- Guill.** (Aparte a Alicia, con acento apasionado.) Pero si soy dichoso sólo con verla, sólo con estar cerca de usted...
- Alicia** (Aparte. Abanicándose.) ¡Dios mío, no desperdicia ocasión para decirme que me adora!
- Men.** (Aparte a Laura) Te encarezco no olvides mis palabras; ya me conoces, hablo poco, y al decidirme es porque lo he pensado mucho...
- Laura** (Sonriendo a Mendoza.) Las estimo en todo su valor por ser tuyas... pero...
- Men.** (Interrumpiéndola, con cariño.) No pido una contención ahora... sé esperar... (Mendoza toma un periódico, que ojea. Alicia, Carmen y Guillermo hablan en voz baja.)
- Ang.** (A Laura, con desaliento.) ¡Ay, tía Laura, siento una pena muy grande en el alma, una pena muy grande... no sé por qué dudo de Máximo, no es conmigo el mismo de antes, no!, ¿verdad que no? ¿No has notado tú algo?
- Laura** ¡Tontita! (Toma las manos de Angela con cariño.)

- Máximo te adora y muy pronto serás su mujercita... Yo volveré para tu boda...
- Ang. (Con acento de sorpresa.) ¿Te marchas?
Laura Por unos días... Tengo necesidad de ir a Vigo... pero volveré...
- Ang. ¿Qué pena... cuánto vamos a echarte de menos!... ¡Eres tan buena! ¿Verdad, papá, que sientes que tía Laura se vaya?...
- Men. ¿Cómo? ¿Nos dejas?
Alicia }
Car. } ¿Pero es posible?
Guill. }
Men. } ¿Verdad que volverás? (Mirándola muy fijo.) Fíjate que todos lo deseamos...
- Laura Muy pronto, para la boda de Angela.
Ang. (Aparte, con pena.) ¡Mi bodal

ESCENA XI

DICHOS y MAXIMO, por el foro, visiblemente emocionado

- Ang. (Corriendo a él) ¿Cómo a esta hora?
Máx. Angela. (Toma sus manos.) No son buenas nuevas las que traigo...
- Ang. ¿Qué te ocurre? ¡Dímelo!
Máx. (Apenado, mirándola) Acabo de enterarme que no hay posibilidad de arreglo en lo de mi traslado; el ministro así se lo manifestó a mi tío y tendre que marchar sin remedio...
- Men. ¿También usted? Pero no se creía...
Máx. Se trabajó a fin de conseguirlo...
Car. (Ingenua.) ¿Y se irá usted y dejará a Angela?
Ang. (A Laura, aparte, dejando caer su cabeza sobre el hombro de Laura con abatimiento.) Ves como he acertado... ¡se va!... ya no me quiere... ¡¡¡se va!!! (Telón pausado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La acción en Vigo, en «Villa Laura». Coquetona salta con muebles de verano, tapizada de tonos claros. Todo sumamente sencillo, pero de buen gusto. Al fondo, terraza con escalinata, que baja al jardín. Entrevese el mar. A la izquierda del espectador, gabinete de Laura. A derecha, comedor y saloncito.

ESCENA PRIMERA

ROSA y JUAN

Rosa limpia muy escrupulosamente los muebles y va dejando todo perfectamente ordenado

Rosa Así, todos los detalles... faltan las flores frescas... y para florecitas estamos. (Se dirige a la terraza y habla alto a Juan.) Oye, súbeme las flores, que ya he terminado y se acerca la hora del té... ¿Has oído, Juan?

Juan (Con delantal de jardinero. Aparece por la escalera de la terraza con un ramo de flores, que Rosa va poniendo en los búcaros.) Aquí las tienes, éstas para los búcaros, y esta rosa tan roja, tan pintada y bonita como tus mejillas, para tí... la cogí hace un instante, fíjate cuán abierta está.

Rosa Sí que es bonita; (La coloca sobre el pecho con un alfiler.) y dime, ¿qué quieres que haga de ella cuando se mustie?

Juan Eso no debías preguntármelo; pero, en fin voy a decírtelo yo. Cuando el pobrecito señorito Carlos, mi amo y capitán, recibía de

«Villa Laura» la cartita de la señora, casi siempre llevaba dentro alguna flor chiquitina, tal como un pensamiento, un ramito de heliotropo o reseda... Pues no sabes lo que hacía; lo tenía en su camarote en un florero hasta que se mustiaba, y después, con mucho cuidado, había que ver cómo colocaba las hojas una a una y las metía en un libro que leía mucho... ¿Qué te parece, Rosilla? Eso hacía el amo, aquel valiente, que no temía a nada y lloraba como un chico cuando yo le daba la carta de «Villa Laura».

Rosa Es que se idolatraban, bendito sea el Señor; matrimonios hay que andan a la greña toda su pícara vida y viven, viven para no dejarse en paz el uno al otro... y aquí...

Juan Ha pasado más de un año y todavía yo le veo tal y como si le tuviera delante. Tú no sabes, tú no puedes, Rosiña, imaginarte lo que es un buque que hace agua; despertarse a media noche con los relámpagos y ver que el mar en furia asalta el barco... la popa va hundiéndose poco a poco y todo son carreras y órdenes rápidas, y nosotros, los marineros, realizando todos los trabajos como un rayo, deprisa... entre tanto, las escotillas parecen pozos de agua, y poco a poco, majestuoso, va desapareciendo aquel palacio flotante. Recuerdo cuando lanzaron los botes, fueron por orden, con un orden que helaba de espanto, salvando al pasaje primero, y después, la tripulación; ya quedábamos solos los dos, el capitán y yo. Me abracé a él, le supliqué que puesto que todos estaban a salvo, no se quedase; fué inútil; como no había más que un sitio en el último bote, cruzó los brazos con un ademán imperioso, me ordenó embarcase y alejose la lancha...

Rosa ¿Qué? ¿Por qué no le cogiste?

Juan No pude, no había tiempo, solo le oí, sereno, decirme: «Dile que muero en el cumplimiento de mi deber»... «adorándola»... y el buque dió el último cabeceo... y se hundió entre remolinos que parecían nunca acabar...

Rosa Me has hecho llorar... ¡qué valor!

- Juan** (Emocionado, levantando la mano hacia el cielo.)
¡Era un marinol! ¡Dios le tenga en su santa glorial
- Rosa** Pues vaya un cuadro, cómo estamos los dos...
- Juan** Cálmate, Rosiña, sin darme cuenta voy siempre a lo mismo... no puedo olvidarlo. Bien, ahora al deber; yo, a preparar el servicio del té y vestirme; tú, a la cocina, ¿eh? y cuidadito con la flor... no olvides lo del libro...
- Rosa** Te la enseñaré cuando esté colocada, a ver si he acertado... (Vase diligente con el plumero por el foro. Juan la mira alejarse arrobado.)
- Juan** Es una galleguina que tiene más sal que mis levantinas... Como ella quiera, boda hecha... y ella, que si quieres. (Mutis por la derecha.)

ESCENA II

ANGELA y CARMEN

Angela y Carmen transportan una labor de malla grande en una canastilla, que colocan cerca de la pequeña mesa

- Car.** Angela, qué linda va a estar... cuando comencemos a bordarla...
- Ang.** (Colocando la colcha y poniendo en orden el neceser.)
Esta misma mañana ya buscó Juan el bastidor. ¿Me ayudarás, nena?
- Car.** Y me lo preguntas. ¡Con poco gusto que vamos a bordarla entre las dos!... ¿Qué dibujo le pondremos por fin?
- Ang.** Aquel sencillo que forma unas rosas grandes. Mira, si debe estar aquí..

ESCENA III

LAURA, ANGELA y CARMEN

La primera viste de negro, traje de tarde, muy elegante

- Laura** Siempre tan hacendosas... ¡estoy encantada!
Pero no sois vosotras solas, yo también he de terminar mis pañitos para los fruteros...

- Bien, llamaremos para que nos sirvan el té... (Toca un timbre.)
- Juan** (Inclinándose.) ¿Llamaba la señorita?
- Laura** Sí, Juan; sírvanos aquí mismo en la mesita el té para no perder tiempo...
- Juan** Está bien, señora, voy al instante. (Mutis por la derecha.)
- Ang.** Qué bien estamos a tu lado, tía Laura, qué tranquilidad de vida, con ese mar tan azul al fondo... ¡oh!, créeme, me agrada mucho más vivir en Vigo que en aquel ambiente de Madrid tan vertiginoso...
- Car.** ¿A que no sabes lo que se me está ocurriendo?...
- Ang.** (Sonriendo.) Alguna de tus ingenuidades tan tuyas de «nenita»...
- Juan** (Aparece con enorme bandeja; en ella, café, té, chocolate, pastas, mantequilla, con elegante servicio. Va desdoblando el mantel rosa bordado con flores oscuras y sirviendo con todo primor. Coloca las cafeteras en el centro, y después del consabido «¿Manda algo más la señorita?», se inclina y vase por el foro.)
- Car.** Justamente, pues pienso que, cuando ya seas la señora de Adler, Máximo te regalará una «Villita Angela».
- Ang.** ¡Oh!, no vayas tan deprisa...
- Car.** Bueno, tomemos primero entonces el té... ¿Tú qué prefieres, tía Laura?
- Laura** Café...
- Ang.** Pues yo voy a tomar té, para que me tonifique los nervios y colocar muy bien la malla en el bastidor.
- Car.** (Va sirviendo a las dos. Al terminar.) Pues yo me tomaré primero chocolate; este chocolate amarguito de Vigo, me encanta; además, el airecito del mar, me abre un gran apé-
tito...

ESCENA IV

DICHAS, ALICIA y GUILLERMO y ROSA

- Rosa** (Acompaña por el foro a Alicia y Guillermo.) La señorita Alicia y el señorito Guillermo...
- (Van todos a levantarse, pero ellos les obligan a permanecer sentados.)

- Laura** (Toca el timbre.) (A Juan, que aparece por la derecha.) Dos servicios más...
- Alicia** Lo que es para mí, no lo acepto, acabo de tomar mi *cock-tail*...
- Laura** ¿Y usted, Guillermito?
- Guill.** Siempre agradecido.. mas permítame usted... que no acepte, sería éste el noveno en menos de veinticuatro horas; esta noche me la pasé acodado en la mesa de una redacción, en un estado demasiado febril... allí no se me interpreta... ni se me entiende...
- Car.** ¿Es posible?
- Guill.** Sí, Carmencita; usted no sabe aún lo que es sufrir, lo que es no poder dormir, lo que es un paroxismo como el mío...
- Alicia** A las ocho de la mañana, ya estaba en «Villa Alicia»... Yo, todavía estaba en el lecho, así que fué Flora quien le recibió; pero en vista de su estado nervioso, pasó a comunicármelo...
- Laura** Pero bien, ¿a qué atribuye usted ese desequilibrio?
- Guill.** (Devorando con los ojos a Alicia.) A las ingrati- tudes. Yo he abandonado mis múltiples trabajos periodísticos de la Corte, en los diferentes diarios a los que pertenezco, para venir a pasar las noches de insomnio en una mala redacción de provincias; yo lo he abandonado todo... ¿y para qué?
- Laura** (A Alicia, con cariño.) ¡Por Dios, sea usted compasiva!
- (Juan recoge el servicio sin ruido y se va.)
- Car.** (Ingenua, aparte.) Yo voy creyendo que es verdad.
- Ang.** (A Alicia.) Vamos, Alicia, ya sabe que es una obra de misericordia «Consolar al triste»...
- Guill.** Es que es más que tristeza, es...
- Alicia** (Acercándose enternecida a Guillermo y con acento infantil.) ¿Vamos un momento al jardín?... Está delicioso...
- Guill.** Alguna vez los bloques se ablandan. (Salen ambos por el foro, mesándose los cabellos Guillermo. Laura, Angela y Carmen, se disponen a colocar en el bastidor la malla de la colcha.)
- Ang.** Tiene que quedar muy estirada, vamos así, despacito, para que no se rompa... ¡Oh! Falta un lado...

- Car.** Yo creo que los nervios de Guillermo estarán más calmados... voy a probar. (Se acerca a la terraza. Llama.) Guillermo, Guillermito, usted perdone, un momento solo...
- Guill.** (Asuma por la terraza, sonriente y galante.) ¿Necesitan ustedes cooperación?... voy al instante. (Echa una última mirada de inteligencia a Alicia, que aparece detrás de él.)
- Car.** Aquí, tire usted igualito, como nosotros... (Guillermo toma el lado cuarto del bastidor y va haciendo lo que Angela indica.)
- Ang.** ¡Ya está! No puede forzárselo más. Gracias, Guillermo, perdónenos usted el haberle distraído.
- Car.** Así ya estará usted práctico cuando se trate de poner la gran colcha de sus desposorios en el bastidor.
- Alicia**
Guill. (Abanicándose. Aparte.) Yo estoy volada... (A Alicia.) Ese es mi deseo: ejecutar muy pronto esa filigrana de obra, que no se me olvida ya el lado cuarto... (Todas se sientan cerca de la terraza a hacer labor.)

ESCENA V

DICHOS y MÁXIMO

- Juan**
Máx. (Por el foro.) ¡El señor Adler!
(Viste de tarde, elegante.) Es un primor entrar aquí. Trabajo ejecutado por las hadas, reposo, ambiente de flores y de bondad y al fondo (señala) el mar azul, que me parece más azul y más bello que el mismo Báltico...
- Ang.** ¿De veras te complace?... En «Villa Laura» la vida vuela, es un encanto... Bien, dejaré la labor. ¿Quieres? Hablaremos un poquito...
- Máx.** No, no, estás interesante y linda, no descompongas el cuadro... además, no estaré mucho con ustedes... yo las contemplo desde este punto de vista... (Se sienta en una mecedora.)
- Ang.** ¿Pues a dónde tienes que ir?
- Máx.** Te olvidas que muy pronto termino mi licencia aquí, debo preparar mis asuntos, po

ner mis papeles en orden a fin de estar a primeros de mes en Vizcaya.

Ang. ¡Como quieres que me olvide!... y si yo pudiera evitarlo...

Car. (A Angela. Consultándola.) ¿Así, Angela, este punto?

Ang. Así, muy bien, nena; el zurcido muy delicado...

Alicia Verdaderamente, la única que no hace nada aquí soy yo. .

Car. ¡Oh! Usted se debe en estos momentos a una buena obra...

Guill. (Como si se hubiesen formalizado sus amores con la solterona.) Desde hoy, variará un tanto la vida... ya lo verán ustedes. (Mirando apasionado a Alicia.)

Laura (Que sea enhorabuena; ¿por lo que veo, han llegado ustedes a un acuerdo?...

Guill. Por fin, he ganado la partida...

Alicia (Sofocada.) ¡Por Dios, Guillermo, atempérese usted!

Guill. Antes de nuestra partida para la Corte, celebrárase en «Villa Alicia» nuestro enlace... Estoy loco, loco de alegría...

Alicia Por supuesto, usted cuenta sólo con su beneplácito, yo aún no he dado mi aprobación...

Guill. Quiere usted que bajemos unos momentos al Parque, allí terminaré de convencerla a usted. (Alicia y Guillermo hacen ademán de irse al jardín.)

Laura (A Angela y Carmen.) ¿Por qué no les acompañais? No es bueno estar tanto tiempo sobre la labor. Máximo, ¿quiere usted acompañarlas? Yo daré algunas órdenes para la cena. ¿Se quedan ustedes?

Máx. Por mi parte, no me es posible, no puedo aceptar, se lo agradezco.

Guill. Y por la mía, seré hoy el convidado... en «Villa Alicia. (Con acento enfático,)

Laura Ni una palabra más entonces; (sonriendo.) por anticipado doy a usted mi enhorabuena muy sincera...

(Angela y Carmen recogen la labor: después Angela, Carmen y Máximo formando grupo salen por el foro, precedidos de Alicia y Guillermo.)

Los tres primeros

Y nosotros nos unimos a su alegría...

ESCENA VI

LAURA y ROSA. Rosa aparece por la derecha

- Laura** (Cayendo en una butaca, con desaliento.) ¡Ay, Rosa! ¿qué situación, qué hacer? ¿Cómo evitar lo que va a llegar?
- Rosa** Lo mejor es que la señorita le pida que se marche... que se vaya para siempre...

ESCENA VII

DICHAS y SALDAÑA

- Sal.** (Con una carta muy voluminosa en la mano.) Laurita, carta muy voluminosa para las niñas, (Fijándose en el sobre.) y eso que no tardó más que un día en venir desde Madrid... ¡ahl lo que son los adelantos... Sin embargo, a mí, devolvedme aquellos tiempos en que Cucala...
- Laura** Bien, bien, amigo Saldaña, fíjese que las niñas esperan siempre con verdadera ansia noticias de su papá y si nos cuenta la guerra carlista que duró meses y meses...
- Sal.** Años y años... Hubo tres guerras... la primera...
- Laura** (Algo nerviosa.) Vendrá usted a contármelo luego, por ahora vaya usted al jardín donde están todos.
- Sal.** Entonces, con su permiso, yo mismo se la llevo. Qué sitio tan encantador (Haciendo un gesto hacia el mar.) para lucir la típica boina encarnada de aquellos tiempos y entonar en esta soledad el himno nuestro:

El clarín de la guerra resuena
y de Cárlos pregona la Gloria...

(Canturrea esta estrofa al bajar y se pierde su voz a medida que se va. Laura pasea febril por la habitación.)

- Laura** (Monologando.) Estoy loca, acabaré volviéndome loca... (Queda de espaldas a la terraza. Se tapa al rostro con las manos. Máximo como una som-

bra se desliza hacia ella hasta tomar la cabeza de Laura entre sus manos con mucha dulzura.)

Máx.

¡Mi Laura!

Laura

(Como despertando de una pesadilla.) ¿Usted? ¿Usted aquí, Máx? ¡Oh! Váyase. (Junta suplicante las manos.) Váyase usted, se lo pido por lo más querido, por lo que usted ame más...

Máx.

(Acercándose con cariño.) ¿Por usted, entonces? Pues bien, sea por mí: Angela me ama como a una madre, para mí es esa niña como si fuese mi propia hija... Esto es una locura... es un imposible. Usted es un hombre de honor, de rectitud, de corazón...

Máx.

Pero un hombre que la adora a usted por encima del honor, de la rectitud, hasta la locura... Pero, (Aproximándose mucho y muy bajo) ¿por qué se engaña usted, si usted también me quiere?...

Laura

(Acercándose a Máximo. Con desaliento.) No lo sé: A veces, siento que en la figura de usted revive la de mi Carlos, y le miro a usted y me parece ver sus ojos febriles de amor, sus labios diciéndome cosas... muchas cosas... como él me las decía... Pero después se hace la realidad; Angela aparece grácil y buena y candorosa, y entonces usted ya no es mi Carlos. Despierto de mi éxtasis y mi conciencia grita: ¡¡No, no, no!!! Usted es el Máximo de Angela.

(Laura queda como aletargada. Máximo se apesadumbrado acerca a ella y se apodera dulcemente de sus manos. Se hace de noche. Laura y Máximo, absortos por el diálogo no advierten la presencia de Angela, oculta entre las grandes macetas de la terraza. Esta, atenta y llena de angustia, escucha la conversación.)

Máx.

No, usted no tiene la culpa, usted nada ha hecho para que yo la quiera así; la amaré siempre... usted no le robó este cariño de las fibras más delicadas de mi alma a Angela. Ella fué para mí un suave despertar de una mañana florida, el amor que se consagra a todo lo bello y lo bueno (Pausa.) A veces, Laura, siento hacia usted un cariño de niño, desearía mimarla, cuidarla, acariciar sus manecitas; (A medida que el diálogo avanza, pinta en el rostro de Angela una angustia delocura. Laura se ve que sostiene en su interior una lucha titánica.) otras veces, la quiero a usted de un modo místico

y me arrodillaría ante usted, y rezaría como si fuese una imagen sagrada, algo que me inspira respeto... después el otro amor, el amor que me desgarrá el pecho, que me priva de pensar, de vivir para nada que no sea usted... el amor apasionado y fébril, el último de los amores en el que le entregaría... mi ser! (Durante este monólogo va acercándose hasta tomar con pasión las manos de Laura.)

Laura ¡Oh! ¡Pobre Máximo! Sí que me quiere usted, pero, ¡váyase, Dios mío!

Máx. ¿Usted lo quiere?

Laura (Débilmente.) Sí.

Máx. Pues sí, me iré pero si usted me sigue... no la dejaré jamás y usted llegará a quererme... veo, en sus ojos, (Se acerca con pasión.) que me dicen lo que sus labios callan...

Laura (Asustada.) ¡Máximo!

Máx. ¡¡Sí, Laura, por qué no romper con los recuerdos y querernos mucho... (Acercándose.) mucho!!

Laura (Con acento de abandono.) No, no me pida usted eso, no, debe entre nosotros interponerse como infranqueable barrera aquella... Angela. La veo levantarse ante mí y acusarme de mi delito...

Máx. ¡Luego es tan sólo por eso! Entonces usted me ama... (Angela, en actitud de locura huye con las manos en los cabellos que van soltándose.) usted me quiere... (Todo esto dicho muy despacio y con gran pasión, buscando a convencer.) y allí donde nadie conozca nuestro pasado... vivir Máximo para su Laura y Laura para su Máximo... (Sus manos se entrelazan.)

Laura (Desfallecida.) ¡Máximo! ¡¡¡Máximo!!!

(Pausa breve. Al fondo del jardín oýense gritos desgarradores y de auxilio. Laura y Máximo se separan bruscamente y se miran interrogativamente.)

Laura ¿Qué ocurre? Dios mío...

Máx. Voy a ver...

(Ambos llegan apresuradamente hasta la terraza y retroceden despacio como horrorizados, adivinando una desgracia.)

Rosa (Apareciendo por la terraza que ilumina de lleno una luna clara.) Señorita... señorita... una desgracia horrible... yo estaba en el jardín... la vi correr como loca hasta llegar al malecón...

- Laura** ¡Habla!... Habla... ¿de qué desgracia quieres hablar?... ¿qué ocurre?
- Rosa** No sé cómo decirlo... yo la vi, dos marineros se echaron al agua, pero no pudo ser, se empeñaba en morir... llegaron tarde...
- Laura** ¿Acabarás?
- Máx.** Hable usted más claro.
- Laura** Pero me volveré loca, ¿qué relación hay en esto... quién es la que se arrojó desde el malecón... quién es; dí., dónde está?
- Rosa** (Señalando la terraza en la que irrumpen atropelladamente Alicia, Carmen y Guillermo, llenos de terror.) ¡Allí! ¡Allí!
- Car.** Tía Laura... (Va a continuar pero su voz se ahoga.)
- Laura** ¿Qué es lo que ocurre?
- Alicia**)
- Guill.** ¡Una desgracia horrible! (Sin atreverse a hablar.)
- (Por la escalinata aparecen dos marineros transportando el cuerpo inerte de Angela, con gran respeto y muy lentamente lo depositan en el suelo arrodillándose. Saldaña de rodillas llora al lado del cadáver.)
- Car.** (Como loca.) ¡Aquí nuestra Angela muerta! (Laura cae de rodillas, cruza las manos de Angela y apartando con piedad los cabellos de su frente, le da un beso. Por el fondo desaparece, lento como una sombra, Máximo, que con acento de dolor supremo lanza esta frase.)
- Máx.** Adiós para siempre las dos, adiós mis amores... Oh, Laura, dale por mí OTRO BESO.

FIN DE LA COMEDIA

Precio: UNA peseta